

# LA DIANA ENAMORADA

CINCO LIBROS QUE PROSIGUEN LOS VII DE JORGE DE MONTEMAYOR

POR

GASPAR GIL POLO

A LA MUY ILUSTRE SEÑORA DOÑA HIERONYMA DE CASTRO Y BOLEA, & GASPAR GIL POLO.

Tanto le importa á este libro tener de su parte el nombre y favor de V. S., que de otra manera no me atreviera á publicarle, ni aun á escribirle. Porque según es poco mi caudal, y mucha la malicia de los detractores, sin el amparo de V. S. no me tuviera por seguro. Suplico á V. S. reciba y tenga por suya esta obra, que aunque es servicio de poca importancia, habido respecto al buen ánimo con que se le ofresce y á la voluntad con que libros semejantes por Reyes y grandes señores fueron recibidos, no se ha de tener por grande mi atrevimiento en hacer presente desta miseria, mayormente dándome esfuerzo para ello la esperanza que tengo en la nobleza, benignidad y perfecciones de V. S. que para ser contadas requieren mayor espíritu y más oportuno lugar. El cual, si por algún tiempo me fuese concedido, en cosa ninguna tan justamente habría de emplearse como en la alabanza y servicio de V. S. Cuya muy ilustre persona y casa nuestro Señor guarde y prospere con mucho aumento. De Valencia á nueve de Hebrero M. D. LXIV.

A LA ILUSTRÍSSIMA Y EXCELENTÍSSIMA SEÑORA MIA LUISA DE LORENA, PRINCESA DE CONTI.

En un siglo tal como el que agora poseemos, en el cual el trato es tan doblado, y tan lleno de todas miserias, ¿quién se podrá escapar de las mordaces y perniciosas lenguas, que todo su ejercicio es buscar tachas en lo más apurado; sirviéndose de las

colores más falsas y engañosas, sin acordarse de los ya passados, á los cuales la virtud les dió el nombre de dorados, porque se admitía en ellos cualquiera trabajo, recibiendo las intenciones, y perdonando á los talentos, como dones que Dios reparte á su voluntad? De manera, señora mía, que yo como persona tan necesitada dellos, y en este siglo, buscando amparo, me subí en el teatro deste mundo, y queriéndome arrojar en él, me determiné entregarme en unas manos que me defendiesen de las injurias del tiempo. Y assi volviendo los ojos por una y otra parte, por ver á quien me encomendaría para que me librase de las lenguas murmuradoras de los mal intencionados espíritus, y no viendo alma ni cuerpo más propio que el de V. E. para este efecto, siendo persona que á todo el mundo enamora, con justa y debida razón se le debe la más enamorada Diana encomendar, echándome en el abrigo dessas tan ilustrísimas partes, con la confianza de que recibirá la voluntad de la mano del curioso que ha tomado el trabajo de tornarme á poner á luz, por mandamiento de personas que hallaron la traza y el estilo muy curioso, y que se iba á escurecer del todo, por no se hallar ya este tratado en el mundo. Ea, señora mía, abra esos brazos, y enciérreme en esse pecho, como tan insigne y inexpugnable fortaleza, en la qual vivirá mi alma de todos los ya dichos espíritus malinos descuidada y defendida con solo el saber que V. E. es su protectora; y con tal confianza vivirá rogando á Dios por la conservación de la persona Ilustríssima de V. E. que viva un millón de años, amparando á las que se le enco-

DIANA DE GASPAR GIL POLO

409

miendan, y particularmente á los del sexo que tiene aún su particular consideración. La muy humilde servidora de V. E. que le besa los pies,

*Diana Enamorada.*

DE DON ALONSO GIRÓN Y DE REBOLLEDO

*Soneto.*

LECTOR. DIANA.

Buen libro, Diana. En todo extremo es bueno.  
¿Qué sientes dél? Placer de andar penada.  
¿Y qué es la pena? Amar cosa olvidada.  
¿Y el gozo? Ver por cuya industria peno.  
¿Es Jorge ó Pérez? No, que es muy terreno  
amarme á mí. ¿Qué cosa hay más alzada?  
Hacerme GASPAR GIL enamorada,  
que lo estoy ya más dél que de Syreno.  
¿En qué tuvo primor? En verso y prosa.  
¿Quién juzga eso? Ingenios delicados.  
¿Tanta luz da? Alumbra todo el suelo.  
¿Cuál quedará su patria? Muy dichosa.  
¿Y los poetas todos? Afrentados.  
¿Y él cómo se dirá? POLO del cielo.

SONETO DE HIERONYMO SAMPER

De fieras armas la inmortal historia  
cessa por celebrar simples pastores;  
canta GASPAR GIL POLO sus amores,  
y en ello no consigue menos gloria.  
A Marte da querellas la victoria,  
por ver que calla POLO sus loores,  
fama y honor á Palas dan clamores,  
viendo que da á Diana tal memoria.  
Dejad, númenes sacros, tal querella;  
que Apolo ha prometido á su Diana  
poeta el más famoso é importante:  
Y dióle al gran GIL POLO, que por ella  
con grave estilo y gracia soberana  
dulce canción en las veredas cante.

DE MIGUEL JUAN TÁRREGA

*Soneto.*

Con la tuba Meonia y Mantuana  
su canto GASPAR GIL hab'a acordado  
con tal furor, que el son ya era llegado  
desde el Indico Gange hasta la Tana.  
Mandóle en esto Apolo que á Diana,

dejando el canto de Mavorte airado,  
cantasse al son que Pindaro ha cantado:  
tanto le es dulce el nombre de su hermana.  
Y ansi le dió la lira en que él tañía  
siendo pastor de Admeto, y alegrando  
los prados y aguas del dichoso Amphryso.  
Y el sacro nombre Apolo á POLO dando,  
con usado favor dar honra quiso  
al que mayor renombre merecía.

HERNANDO BONAVIDA, CIUDADANO  
VALENCIANO

*Al lector.*

Ovidio á su Corynna celebrada  
con los sabrosos versos que escribía,  
dos mil hermosos cantos componía  
Propercio que á su Cynthia sublimaba.  
Con las dulces canciones que cantaba,  
á su Laura Petrarca engrandescía,  
y destos cada cual con lo que hacía  
al famoso laurel al fin llegaba.  
A lauro el Lusitano ha ya llegado  
á Diana pintando muy ufana,  
mas POLO de otra suerte os la ha pintado:  
Aquí veréis una obra sobrehumana,  
y cuán bien el laurel POLO ha ganado,  
pues Proserpina es la otra, ésta Diana.

## LIBRO PRIMERO

DE DIANA ENAMORADA

Después que el apasionado Syreno con la virtud del poderoso liquor fué de las manos de Cupido por la sabia Felicia libertado, obrando Amor sus acostumbradas hazañas, hirió de nuevo el corazón de la descuidada DIANA, despertando en ella los olvidados amores, para que de un libre estuviese captiva, y por un essento viviese atormentada. Y lo que mayor pena le dió fué pensar que el descuido que tuvo de Syreno había sido ocasión de tal olvido, y era causa del aborrescimiento. Deste dolor y de otros muchos estaba tan combatida, que ni el yugo del matrimonio, ni el freno de la vergüenza fueron bastantes á detener la furia de su amor, ni remediar la aspereza de su tormento, sino que sus lamen-

tables voces esparciendo, y dolorosas lágrimas derramando, las duras peñas y fieras alimañas enternescía. Pues hallándose un día acaso en la fuente de los alisos, en el tiempo del estío, á la hora que el sol se acercaba al medio día, y acordándose del contento que allí en compañía del amado Syreno muchas veces había recibido, cotejando los deleites del tiempo pasado con las fatigas del presente; y conociendo la culpa que ella en su tormento tenía, concibió su corazón tan angustiada tristeza, y vino su alma en tan peligroso desmayo, que pensó que entonces la deseada muerte diera fin á sus trabajos. Pero después que el ánimo cobró algún tanto su vigor, fué tan grande la fuerza de su pasión, y el ímpetu, con que amor reinaba en sus entrañas, que le forzó publicar su tormento á las simples avecillas, que de los floridos ramos la escuchaban, á los verdes árboles, que de su congoja parece que se dolían, y á la clara fuente, que el ruido de sus cristalinas aguas con el son de sus cantares acordaba. Y assi con una suave zampoña cantó desta manera:

Mi sufrimiento cansado  
del mal importuno y fiero,  
á tal extremo ha llegado,  
que publicar mi cuidado  
me es el remedio postrero.  
Siéntase el bravo dolor,  
y trabajosa agonía  
de la que muere de amor,  
y olvidada de un pastor  
que de olvidado moría.

¡Ay, que el mal que ha consumido  
la alma que apenas sostengo,  
nace del pasado olvido,  
y la culpa que he tenido  
causó la pena que tengo!  
Y de gran dolor reviento,  
viendo que al que agora quiero,  
le di entonces tal tormento,  
que sintió lo que yo siento  
y murió como yo muero.

Y cuando de mi crüeza  
se acuerda mi corazón,  
le causa mayor tristeza  
el pesar de mi tibieza,

que el dolor de mi pasión.  
Porque si mi desamor  
no tuviera culpa alguna  
en el presente dolor,  
diera quejas del Amor  
é inculpara la Fortuna

Mas mi corazón esquivo  
tiene culpa más notable,  
pues no vió de muy altivo,  
que Amor era vengativo  
y la Fortuna mudable.  
Pero nunca hizo venganza  
Amor, que de tantas suertes  
deshiciese una esperanza,  
ni Fortuna hizo mudanza  
de una vida á tantas muertes.

¡Ay, Syreno, cuán vengado  
estás en mi desventura,  
pues después que me has dejado,  
no hay remedio á mi cuidado,  
ni consuelo á mi tristura!  
Que según solías verme  
desdeñosa en solo verte,  
tanto huelgas de ofenderme,  
que ni tú podrás quererme,  
ni yo dejar de quererte.

Vécte andar tan essento,  
que no te ruego, pastor,  
remedies el mal que siento,  
mas que engañes mi tormento  
con un fingido favor.  
Y aunque mis males pensando,  
no pretendas remediallos,  
vuelve tus ojos, mirando  
los míos, que están llorando,  
pues tú no quieres mirallos.

Mira mi mucho quebranto,  
y mi poca confianza  
para tener entre tanto  
no compasión de mi llanto,  
mas placer de tu venganza.  
Que aunque no podré ablandarte,  
ni para excusar mi muerte  
serán mis lágrimas parte,  
quiero morir por amarte  
y no vivir sin quererte.

No diera fin tan presto la enamorada  
Diana á su deleitosa música, si de una

pastora, que tras unos jarales la había escuchado, no fuera de improviso estorbada. Porque viendo la pastora, detuvo la suave voz, rompiendo el hilo de su canto, y haciendo obra en ella la natural vergüenza, le pesó muy de veras que su canción fuese escuchada, ni su pena conocida, mayormente viendo aquella pastora ser extranjera, y por aquellas partes nunca vista. Mas ella, que de lejos la suavissima voz oyendo, á escuchar tan delicada melodía secretamente se había llegado, entendiendo la causa del doloroso canto, hizo de su extremadissima hermosura tan improvisa y alegre muestra, como suele hacer la nocturna luna, que con sus lumbrosos rayos vence y traspasa la espesura de los oscuros fiublados. Y viendo que Diana había quedado algo turbada con su vista, con gesto muy alegre le dijo estas palabras: — Hermosa pastora, grande perjuicio hice al contento que tenía con oírte, en venir tan sin propósito á estorbarte. Pero la culpa desto la tiene el deseo que tengo de conocerte, y voluntad de dar algún alivio al mal de que tan dolorosamente te lamentas; al cual, aunque dicen que es excusado buscallo consuelo, con voluntad libre y razón desapasionada se le puede dar suficientemente remedio. No dissimules conmigo tu pena, ni te pese que sepa tu nombre y tu tormento, que no haré por eso menos cuenta de tu perfición, ni juzgaré por menor tu merecimiento.

Oyendo DIANA estas palabras estuvo un rato sin responder, teniendo los ojos empleados en la hermosura de aquella pastora, y el entendimiento dudoso sobre qué respondería á sus grandes ofrescimientos y amorosas palabras; y al fin respondió de esta manera: Pastora de nueva y aventajada gentileza, si el gran contento que de tu vista recibo, y el descanso que me ofrescen tus palabras, hallara en mi corazón algún aparejo de confianza, creo que fueras bastante á dar algún remedio á mi fatiga, y no dudara yo de publicarte mi pena. Mas es mi mal de tal calidad, que en comenzar á fatigarme, tomo las llaves de mi corazón y cierro las puertas al remedio. Sabe que yo me llamo DIANA, por estos campos harto conocida; conténtate con saber mi nombre, y no te cures de saber

mi pena: pues no aprovechará para más de lastimarte, viendo mi tierna juventud en tanta fatiga y trabajo. Este es el engaño, dijo la pastora, de los que se hacen esclavos del Amor, que en comenzalle á servir, son tan suyos, que ni quieren ser libres, ni les parece possible tener libertad. Tu mal bien sé que es amar, según de tu canción entendí, en la cual enfermedad yo tengo grande experiencia. He sido muchos años captiva, y agora me veo libre; anduve ciega, y agora atino al camino de la verdad; passé en el mar de amor peligrosas agonías y tormentos, y agora estoy gozando del seguro y sosegado puerto; y aunque más grande sea tu pena, era tan grande la mía. Y pues para ella tuve remedio, no despidas de tu casa la esperanza, no cierres los ojos á la verdad ni los oídos á mis palabras. Palabras serán, dijo DIANA, las que gastarán en remediar el Amor, cuyas obras no tienen remedio con palabras. Mas con todo querría saber tu nombre, y la ocasión que hacia nuestros campos te ha encaminado, y holgaré tanto en sabello, que suspenderé por un rato mi comenzado llanto, cosa que importa tanto para el alivio de mi pena. Mi nombre es ALCIDA, dijo la pastora, pero lo demás que me preguntas no me sufre contallo la compasión que tengo de tu voluntaria dolencia; sin que primero recibas mis provechosos, aunque para ti desabridos remedios. Cualquier consuelo, dijo DIANA, me será agradable por venir de tu mano, con que no sea quitar el amor de mi corazón: porque no saldrá de allí, sin llevar consigo á pedazos mis entrañas. Y aunque pudiese, no quedaría sin él, por no dejar de querer al que siendo olvidado, tomó de mi crueldad tan presta y sobrada venganza. Dijo entonces ALCIDA: Mayor confianza me das agora de tu salud, pues dices que lo que agora quieres, en otro tiempo lo has aborrescido, porque ya sabrás el camino del olvido, y ternás la voluntad vezada al aborrescimiento. Cuánto más que entre los dos extremos de amar y aborrescer está el medio, el cual tú debes elegir. DIANA á esto replicó: Bien me contenta tu consejo, pastora, pero no me parece muy seguro. Porque si yo de aborrescer he venido á amar, más fácilmente lo hiciera si mi voluntad estuviera

en medio del amor y aborrecimiento, pues teniéndome más cerca, con mayor fuerza me venciera el poderoso Cupido. A esto respondió ALCIDA: No hagas tan gran honra á quien tan poco la mercede, nombrando poderoso al que tan fácilmente queda vencido, especialmente de los que eligen el medio que tengo dicho: porque en él consiste la virtud, y donde ella está, quedan los corazones contra el Amor fuertes y constantes. Dijo entonces DIANA: Cruels, duros, ásperos y rebeldes dirás mejor, pues pretenden contradecir á su naturaleza, y resistir á la invencible fuerza de Cupido. Mas séanlo cuanto quisieren, que á la fin no se van alabando de la rebeldía, ni les aprovecha defenderse con la dureza. Porque el poder del amor vence la más segura defensa, y traspasa el más fuerte impedimento. De cuyas hazañas y maravillas en este mismo lugar cantó un día mi querido Syreno, en el tiempo que fué para mí tan dulce, como me es agora amarga su memoria. Y bien me acuerdo de su canción, y aun de cuantas entonces cantaba, porque he procurado que no se me olvidassen, por lo que me importa tener en la memoria las cosas de Syreno. Mas esta que trata de las proezas del Amor, dice:

*Soneto.*

Que el poderoso Amor sin vista acierte  
del corazón la más interna parte;  
que siendo niño vengza al fiero Marte,  
haciendo que enredado se despierte.  
Que sus llamas me hielan de tal suerte,  
que un vil temor del alma no se aparte,  
que vuelve hasta la aérea y summa parte  
y por la tierra y mar se muestre fuerte.  
Que esté el que el bravo Amor hiere ó captiva  
vivo en el mal, y en la prisión contento,  
proezas son que causan grande espanto.  
Y el alma, que en mayores penas viva,  
si piensa estas hazañas, entretanto  
no sentirá el rigor de su tormento.

Bien encarescidas están, dijo ALCIDA, las fuerzas del amor; pero más creyera yo á Syreno, si después de haber publicado por tan grandes las furias de las flechas de Cupido, él no hubiese hallado reparo contra ellas, y después de haber encarescido la es-

trechura de sus cadenas, él no hubiese tenido forma para tener libertad. Y así me maravillo que creas tan de ligero al que con las obras contradice á las palabras. Porque harto claro está que semejantes canciones son maneras de hablar, y sobrados encarescimientos, con que los enamorados venden por muy peligrosos sus males, pues tan ligeramente se vuelven de captivos libres y vienen de un amor ardiente á un olvido descuidado. Y si sienten pasiones los enamorados, provienen de su misma voluntad, y no del amor: el cual no es sino una cosa imaginada por los hombres, que ni está en cielo, ni en tierra, sino en el corazón del que la quiere. Y si algún poder tiene, es porque los hombres mismos dejan vencerse voluntariamente, ofresciéndole sus corazones, y poniendo en sus manos la propia libertad. Mas porque el Soneto de Syreno no quede sin respuesta, oye otro que parece que se hizo en competencia dél, y oíe yo mucho tiempo ha en los campos de Sebetho á un pastor nombrado Aurelio; y si bien me acuerdo decía así:

*Soneto.*

No es ciego Amor, mas yo lo soy, que guío  
mi voluntad camino del tormento;  
no es niño Amor, mas yo que en un mo-  
espero y tengo miedo, lloro y río. [mento  
Nombrar llamas de Amor es desvarío,  
su fuego es el ardiente y vivo intento,  
sus alas son mi altivo pensamiento  
y la esperanza vana en que me fio.  
No tiene Amor cadenas, ni saetas,  
para prender y herir libres y sanos,  
que en él no hay más poder del que le da.  
Porque es Amor mentira de poetas, [mos.  
sueño de locos, ídolo de vanos:  
mirad qué negro Dios el que adoramos.

¿Parescete, DIANA, que debe fiarse un entendimiento como el tuyo en cosas de aire, y que hay razón para adorar tan de veras á cosa tan de burlas como el Dios de Amor? El cual es fingido por vanos entendimientos, seguido de deshonestas voluntades, y conservado en las memorias de los hombres ociosos y desocupados. Estos son los que le dieron al Amor el nombre tan celebrado que por el mundo tiene. Porque vien-

do que los hombres por querer bien padescían tantos males, sobresaltos, temores, cuidados, celos, mudanzas y otras infinitas pasiones, acordaron de buscar alguna causa principal y universal, de la cual como de una fuente nasciessen todos estos efectos. Y así inventaron el nombre de AMOR, llamándole Dios, porque era de las gentes tan temido y reverenciado. Y pintáronle de manera que cuando veen su figura tienen razón de aborrecer sus obras. Pintáronle muchacho, porque los hombres en él no se fíen; ciego, porque no le sigan; armado, porque le teman; con llamas, porque no se le lleguen, y con alas, para que por vano le conozcan. No has de entender, pastora, que la fuerza que al Amor los hombres conceden, y el poderío que le atribuyen, sea ni pueda ser suyo: antes has de pensar que cuanto más su poder y valor encarescen, más nuestras flaquezas y poquedades manifiestan. Porque decir que el Amor es fuerte, es decir que nuestra voluntad es floja, pues permite ser por él tan fácilmente vencida; decir que el Amor tira con poderosa furia venenosas y mortales saetas, es decir que nuestro corazón es descuidado, pues se ofresce tan voluntariamente á recibir las; decir que el Amor nuestras almas tan estrechamente captiva, es decir que en nosotras hay falta de juicio, pues al primer combate nos rendimos, y aun á veces sin ser combatidos, damos á nuestro enemigo la libertad. Y en fin, todas las hazañas que se cuentan del Amor no son otra cosa sino nuestras miserias y flojedades. Y puesto caso que las tales proezas fuesen tuyas, ellas son de tal calidad que no merecen alabanza. ¿Qué grandeza es captivar los que no se defienden, qué braveza acometer los flacos, qué valentía herir los descuidados, qué fortaleza matar los rendidos, qué honra desasossegarse los alegres, qué hazaña perseguir los malaventurados? Por cierto, hermosa pastora, los que quieren tanto engrandecer este Cupido, y los que tan á su costa le sirven, debieran por su honra darme otras alabanzas; porque con todas estas el mejor nombre que gana es de cobarde en los acometimientos, cruel en las obras, vano en las intenciones, liberal de trabajos y escaso de galardones. Y aunque todos estos nombres

son infames, peores son los que le dan sus mismos aficionados, nombrándole fuego, furor y muerte; y al amar llamando arder, destruirse, consumirse y enloquecerse; y á sí mismos nombrándose ciegos, míseros, captivos, furiosos, consumidos y inflamados. De aquí viene que todos generalmente dan quejas del Amor, nombrándole tirano, traidor, duro, fiero y despiadado. Todos los versos de los amadores están llenos de dolor, compuestos con suspiros, borrados con lágrimas y cantados con agonía. Allí veréis las sospechas, allí los temores, allí las desconfianzas, allí los celos, allí los cuidados y allí mil géneros de penas. No se habla allí sino de muertes, cadenas, flechas, venenos, llamas, y otras cosas que no sirven sino para dar tormento, cuando se emplean, y temor, cuando se nombran. Mal estaba con estos nombres Herbanio, pastor señalado en la Andalucía, cuando en la corteza de un álamo, sirviéndole de pluma un agudo punzón, delante de mí escribió este

*Soneto.*

Quien libre está, no viva descuidado,  
que en un instante puede estar captivo,  
y el corazón helado y más esquivo  
tema de estar en llamas abrasado.  
Con la alma del soberbio y elevado  
tan áspero es Amor y vengativo,  
que quien sin él presume de estar vivo,  
por él con muerte queda atormentado.  
Amor, que á ser captivo me condenas,  
Amor que enciendes fuegos tan mortales,  
tú que mi vida afliges y maltratas:  
Maldigo dende agora tus cadenas,  
tus llamas y tus flechas, con las cuales  
me prendes, me consumes y me matas.

Pues venga agora al soneto, de tu Syreno á darme á entender que la imaginación de las hazañas del Amor basta á vencer la furia del tormento: porque si las hazañas son matar, herir, cegar, abrasar, consumir, captivar y atormentar, no me hará creer que imaginar cosas de pena alivie la fatiga, antes ha de dar mayores fuerzas á la pasión, para que siendo más imaginada, dure más en el corazón, y con mayor aspereza le atormente. Y si es verdad lo que cantó Syreno, mucho me maravillo que él,

recibiendo, según dice, en este pensamiento tan aventajado gusto, tan fácilmente le haya trocado con tan cruel olvido como ahora tiene, no sólo de las hazañas de Cupido, pero de tu hermosura, que no debiera por cosa del mundo ser olvidada.

Apenas había dicho Alcida de su razón las últimas palabras, que DIANA, alzando los ojos, porque estaba con algún recelo, vió de lejos á su esposo Delio, que bajaba por la halda de un montecillo, encaminándose para la fuente de los alisos, donde ellas estaban. Y así, atajando las razones de Alcida, le dijo: No más, no más, pastora, que tiempo habrá después para escuchar lo restante y para responder á tus flojos y aparentes argumentos. Cata allá que mi esposo Delio desciende por aquel collado, y se viene para nosotras; menester será que, por dissimular lo que aquí se trataba, al son de nuestros instrumentos comencemos á cantar, porque cuando llegue se contente de nuestro ejercicio. Y así, tomando ALCIDA su cítara y DIANA su zampoña, cantaron desta manera:

*Rimas provenzales.*

ALCIDA

Mientras el sol sus rayos muy ardientes  
con tal furia y rigor al mundo envía,  
que de Nymphas la casta compañía  
por los sombríos mora y por las fuentes.  
Y la cigarra el canto replicando,  
se está quejando,  
pastora canta,  
con gracia tanta,  
que enternescido  
de haberte oído,  
el poderoso cielo de su grado  
fresco licor envíe al seco prado.

DIANA

Mientras está el mayor de los planetas  
en medio del oriente y del ocase,  
y al labrador en descubierta raso,  
más rigurosas tira sus saetas.  
Al dulce murmurar de la corriente  
de aquesta fuente,  
mueve tal canto,  
que cause espanto,

y de contentos  
los bravos vientos,  
el ímpetu furioso refrenando,  
vengan con manso espíritu soplando.

ALCIDA

Corrientes aguas, puras, cristalinas,  
que haciendo todo el año primavera,  
hermoseáis la próspera ribera  
con lirios y trepadas clavellinas,  
el bravo ardor de Phebo no escaliente  
tan fresca fuente,  
ni de ganado  
sea enturbiado  
licor tan claro,  
sabroso y raro,  
ni del amante triste el lloro infame  
sobre tan lindas aguas se derrame.

DIANA

Verde y florido prado, en do natura  
mostró la variedad de sus colores  
con los matices de árboles y flores,  
que hacen en ti hermosísima pintura.  
En ti los verdes ramos sean essentos  
de bravos vientos;  
medres, crezcas  
en hierbas frescas,  
nunca abrasadas  
con las heladas,  
ni dañe á tan hermoso y fértil suelo  
el gran furor del iracundo cielo.

ALCIDA

Aquí de los bullicios y tempesta  
de las soberbias cortes apartados,  
los corazones viven reposados,  
en sosegada paz y alegre fiesta,  
á veces recostados al sombrío  
á par del río,  
do dan las aves  
cantos suaves,  
las tiernas flores  
finos olores,  
y siempre con un orden soberano  
se ríe el prado, el bosque, el monte, el  
[llano.

DIANA

Aquí el ruido que hace el manso viento,

en los floridos ramos sacudiendo,  
deleita más que el popular estruendo  
de un numeroso y grande ayuntamiento,  
adonde las superbas majestades  
son vanidades:  
las grandes fiestas,  
grandes tempestas;  
los pundonores,  
ciegos errores,  
y es el hablar contrario y diferente  
de lo que el corazón y el alma siente.

ALCIDA

No tiende aquí ambición lazos y redes,  
ni la avaricia va tras los ducados,  
no aspira aquí la gente á los estados,  
ni hambrea las privanzas y mercedes:  
libres están de trampas y passiones  
los corazones;  
todo es llaneza,  
bondad, simpleza,  
poca malicia;  
cierta justicia;  
y hacer vivir la gente en alegría  
concorde paz y honesta medianía.

DIANA

No va por nuevo mundo y nuevos mares  
el simple pastorcillo navegando,  
ni en apartadas Indias va contando  
de leguas y monedas mil millares.  
El pobre tan contento al campo viene  
con lo que tiene,  
como el que cuenta  
sobrada renta,  
y en vida escasa  
alegre passa, [nadas,  
como el que en montes ha gruesas ma-  
y ara de fértil campo mil yugadas.

Sintió de lejos DELIO la voz de su esposa Diana, y como oyó que otra voz lo respondía, tuvo mucho cuidado en llegar presto, por ver quién estaba en compañía de Diana. Y así, cerca de la fuente, puesto detrás un grande arrayán, escuchó lo que cantaban, buscando adrede ocasiones para sus acostumbrados celos. Mas cuando entendió que las canciones eran diferentes de lo que él con su sospecha presumía, estuvo muy contento. Pero todavía la ansia

que tenía de conocer la que estaba con su esposa le hizo que llegase á las pastoras, de las cuales fué cortésmente saludado, y de su esposa con un angélico semblante recibido. Y sentado cabe ellas, ALCIDA le dijo: Delio, en gran cargo soy á la fortuna, pues no sólo me hizo ver la belleza de Diana, mas conocer al que ella tuvo por merescedor de tanto bien, y al que entregó la libertad: que según es ella sabia, se ha de tener por extremado lo que escoge. Mas espántome de ver que tengas tan poca cuenta con la mucha que contigo tuvo Diana en elegirte por marido, que sufras que vaya tan sólo un passo sin tu compañía, y dejes que un solo momento se aparte de tus ojos. Bien sé que ella mora siempre en tu corazón; mas el amor que tú le debes á Diana no ha de ser tan poco que te contentes con tener en el alma su figura, pudiendo también tener ante los ojos su gentileza. Entonces DIANA, porque Delio respondiéndole no se pusiese en peligro de publicar el poco aviso y cordura que tenía, tomó la mano por él y dijo: No tiene Delio razón de estar tan contento de tenerme por esposa, como tú muestras estar por haberme conocido, ni de tenerme tan presente que se olvide de sus granjas y ganados, pues importan más que el deleite que ver la belleza que falsamente me atribuyes se pudiera tomar. Dijo entonces ALCIDA: No perjudiques, Diana, tan adrede á tu gentileza, ni hagas tan grande agravio al parecer que el mundo tiene de ti, que no parece mal de una hermosa el estimarse, ni le da el nombre de altiva moderadamente conocerse. Y tú, Delio, tente por el más dichoso del mundo, y goza bien el favor que la Fortuna te hizo, pues ni dió ni tiene que dar cosa que iguale con ser esposo de Diana. Atentamente escuchó DELIO las palabras de ALCIDA, y en tanto que habló, la estuvo siempre mirando, tanto que á la fin de sus dulces y avisadas razones se halló tan preso de sus amores, que de atónito y pasmado no tuvo palabras con qué responderle, sino que con un ardiente suspiro dió señal de la nueva herida que Cupido había hecho en sus entrañas. A este tiempo sintieron una voz, cuya suavidad los deleitó maravillosamente. Paráronse atentos á escuchalla, y volviendo los ojos hacia donde

resonaba, vieron un pastor que muy fatigado venía hacia la fuente á guisa de congojado caminante, cantando desta manera:

*Soneto.*

No puede darme Amor mayor tormento,  
ni la fortuna hacer mayor mudanza;  
ni hay alma con tan poca confianza,  
ni corazón en penas tan contento.

Hácelo Amor, que esfuerza el flaco aliento,  
porque baste á sufrir mi malandanza,  
y no deja morir con la esperanza  
la vida, la aflicción ni el sufrimiento.

¡Ay, vano corazón! ¡Ay, ojos tristes!

¿por qué tan largo tiempo y tanta pena  
nunca se acaba el llanto ni la vida?

¡Ay, lástimas! ¿no os basta lo que hecistes?  
Amor ¿por qué no aflojas mi cadena,  
si en tanta libertad dejaste Alcida?

Apenas acabó ALCIDA de oír la canción del pastor, que conociendo quién era, toda temblando, con grande priessa se levantó, antes que él llegase, rogándoles á Delio y Diana que no dijessen que ella había estado allí, porque le importaba la vida no ser hallada ni conocida por aquel pastor, que como la misma muerte aborrescía. Ellos le ofrescieron hacello así, pesándoles en extremo de su presta y no pensada partida. Alcida, á más andar, metiéndose por un bosque muy espeso que junto á la fuente estaba, caminó con tanta presteza y recelo como si de una cruel y hambrienta tigre fuera perseguida. Poco después llegó el pastor tan cansado y afligido, que pareció la Fortuna, doliéndose dél, habelle ofrescido aquella clara fuente y la compañía de Diana para algún alivio de su pena. Porque como en tan calorosa siesta, tras el cansancio del fatigoso camino, vido la amenidad del lugar, el sombrío de los árboles, la verdura de las hierbas, la lindeza de la fuente y la hermosura de Diana, le pareció reposar un rato aunque la importancia de lo que buscaba y el deseo con que tras ello se perdía no daban lugar á descanso ni entretenimiento. DIANA entonces le hizo las gracias y cortesías que conforme á los celos de Delio, que presente estaba, se podían hacer, y tuvo grande cuenta con el extran-

jero pastor, así porque en su manera le pareció tener merescimiento, como porque le vido lastimado del mal que ella tenía. El pastor hizo grande caso de los favores de Diana, teniéndose por muy dichoso de haber hallado tan buena aventura. Estando en esto, mirando Diana en torno de sí, no vió á su esposo Delio, porque enamorado, como dijimos, de Alcida, en tanto que Diana estaba descuidada, empleándose en acariciar el nuevo pastor, se fué tras la fugitiva pastora, metiéndose por el mismo camino con intención determinada de seguilla, aunque fuese á la otra parte del mundo. Atónita quedó Diana de ver que faltase tan improvisadamente su esposo, y así dió muchas voces repitiendo el nombre de Delio. Mas no aprovechó para que él desde el bosque respondiese, ni dejase de proseguir su camino, sino que con grandísima priessa caminando, entendía en alcanzar la amada Alcida. De manera que Diana, viendo que Delio no parecía, mostró estar muy afligida por ello, haciendo tales sentimientos, que el pastor por consolarla le dijo: No te vea yo, hermosa pastora, tan sin razón afligida, ni des crédito á tu sospecha en tan gran perjuicio de tu descanso. Porque el pastor que tú buscas no ha tanto que falta que debas tenerle por desamparada. Sosiégate un poco, que podrá ser que estando tú divertida, convidado del sombrío de los amenos alisos y de la frescura del viento, que los está blandamente meneando, haya querido mudar asiento, sin que nosotros lo viésemos, porque temía quizá no le contradijésemos; ó por ventura le ha tanto pesado de mi venida, y tuviera por tan enojosa mi compañía, que ha escogido otro lugar donde sin ella pueda pasar alegremente la siesta.

A esto respondió DIANA: Gracioso pastor, para conocer el mal que maltrata tu vida, basta oír las palabras que publica tu lengua. Bien muestras estar del Amor atormentado, y vezado á engañar las amorosas sospechas con vanas imaginaciones. Porque costumbre es de los amadores dar á entender á sus pensamientos cosas falsas é impossibles, para hacer que no den crédito á las ciertas y verdaderas. Semejantes consuelos, pastor, aprovechan más para señalar en ti el pesar de mi congoja que

para remediar mi pena. Porque yo sé muy bien que mi esposo Delio va siguiendo una hermosísima pastora, que de aquí se partió, y según la afición con que estando aquí la miraba y los suspiros que del alma le salían, yo que sé cuán determinadamente suele emprender cuanto le passa por el pensamiento, tengo por cierto que no dejará de seguir la pastora, aunque piense en toda su vida no volver ante mis ojos. Y lo que más me atormenta es conocer la dura y desamorada condición de aquella pastora, porque tiene un alma tan enemiga del amor, que desprecia la más extremada beldad y no hace caso del valor más aventajado. Al triste pastor en este punto pareció que una mortal saeta le travesó el corazón, y dijo: ¡Ay de mí, desdichado amante! ¿con cuánta más razón se han de doler de mí las almas que no fueren de piedra, pues por el mundo busco la más cruel, la más áspera y despiadada doncella que se puede hallar? Duélete de veras, pastora, de tu esposo, que si la que él busca tiene tal condición como ésta, corre gran peligro su vida de perderse. Oyendo DIANA estas palabras, acabó de conocer su mal, y vió claramente que la pastora, que en ver este pastor tan prestamente huyó, era la que él por todas las partes del mundo había buscado. Y era así, porque ella huyendo dél, por no ser descubierta ni conocida, había tomado hábito de pastora. Mas dissimuló por entonces con el pastor, y no quiso decille nada de esto, por cumplir con la palabra que á Alcida había dado al tiempo de partirse. Y también porque vió que ella gran rato había que era partida, corriendo con tanta presteza por aquel bosque espesísimo, que fuera imposible alcanzalla. Y publicar al pastor esto, no sirviera para más de dalle mayor pena. Porque aquello fatiga más, cuando no se alcanza, que dió alguna esperanza de ser habido. Pero como DIANA desease conoscellos y saber la causa de los amores dél y del aborrescimiento della, le dijo: Consuela, pastor, tu llanto, y cuéntame la causa dél; que por alivio desta congoja holgaré de saber quién eres y oír el processo de tus males; porque por la conmemoración dellos te ha de ser agradable, si eres verdadero amante, como creo. El entonces no se hizo mucho de rogar,

antes, sentándose entrambos junto á la fuente, habló de esta manera:

No es mi mal de tal calidad que á toda suerte de gentes se pueda contar; mas la opinión que tengo de tu merescimiento y el valor de tu hermosura me publica me fuerzan á contarte abiertamente mi vida, si vida se puede llamar la que de grado trocaría con la muerte.

Sabe, pastora, que mi nombre es Marcelio, y mi estado muy diferente de lo que mi hábito señala. Porque fuí nascido en la ciudad Soldina, principal en la provincia Vandalia, de padres esclarecidos en linaje y abundantes de riquezas. En mi tierna edad fuí llevado á la corte del rey de lusitanos, y allí criado y querido, no sólo de los señores principales della, mas aun del mismo rey, tanto que nunca consintió que me partiesse de su corte, hasta que me encargó la gente de guerra que tenía en la costa de Africa. Allí estuve mucho tiempo capitán de las villas y fortalezas que él tiene en aquella costa, teniendo mi proprio asiento en la villa de Ceuta, donde fué el principio de mi desventura. Allí, por mi mal, había un noble y señalado caballero, nombrado Eugerio, que tenía cargo por el rey del gobierno de la villa, al cual Dios, allende de dalle nobleza y bienes de fortuna, le hizo merced de un hijo nombrado Polydoro, valeroso en todo extremo, y dos hijas llamadas Alcida y Clenarda, aventajadas en hermosura. Clenarda en tirar arco era diestrísima, pero Alcida, que era la mayor, en belleza la sobrepujaba. Esta de tal manera enamoró mi corazón, que ha podido causarme la desesperada vida que passo y la cruda muerte que cada día llamo y espero. Su padre tenía tanta cuenta con ella, que pocas veces consentía que se partiesse delante sus ojos. Y esto impedía que yo no le pudiesse hacer saber lo mucho que la quería. Sino que las veces que tenía ventura de vella, con un mirar apasionado y suspiros que salían de mi pecho sin licencia de mi voluntad, le publicaba mi pena. Tuve manera de escrebille una carta, y no perdiendo la ocasión que me concedió la fortuna, le hice una letra que decía así:

CARTA DE MARCELIO PARA ALCIDA

La honesta majestad y el grave tiento,